

El cristianismo ortodoxo en las letras eslavas

Orthodox Christianity in Slavic letters



Omar Lobos

Universidad de Buenos Aires

calfucur@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 08/12/2021

Fecha de aceptación: 23/04/2022

Resumen

El cristianismo ortodoxo griego cumplió, a través de la Iglesia, un papel fundamental en las conformaciones culturales y estatales de los distintos países eslavos. En el caso ruso, además, la deriva de la idea mesiánica de la "Tercera Roma" abonó tanto la consolidación de un Estado autocrático como el ímpetu imperialista, aun si este puede ser también leído como aspiración a una panhumanidad. En el ámbito de las letras, puede recogerse toda una galería de testimonios, históricamente anclados, de directa vinculación con esta idea, y que dramatizan las tensiones históricas con los países europeos centrales.

Palabras clave: Iglesia ortodoxa; mundo eslavo; Tercera Roma; Rusia-Europa; literatura rusa.

Abstract

Greek Orthodox Christianity fulfilled, through the Church, a fundamental role in the cultural and state conformations of the different Slavic countries. In the Russian case, moreover, the drift from the messianic idea of the "Third Rome" paid for both the consolidation of an autocratic state and the imperialist impetus, even if this can also be read as an aspiration to pan-humanity. In the field of letters, a whole gallery of historically anchored testimonies can be collected, directly linked to this idea, and that dramatize the historical tensions with central European countries.

Keywords: Orthodox Church; Slavic world; Third Rome; Russia-Europe; Russian literature.

El alfabeto cirílico traza un recorte tan fundamental como formidable en el desarrollo de la cultura europea, al aparecer como el significante de un desarrollo diferenciado en el oriente continental, no solo en el ámbito de la vida eclesiástica, sino en la vida política en general, con respecto a lo que llamamos Occidente. Este alfabeto aparece a la vez como el “síntoma” de una secesión entre las dos mitades de Europa que habría arrancado con la progresiva partición del Imperio Romano desde la primera mitad del siglo IV y se iría afirmando en diversas instancias que reseñaremos brevemente en este trabajo.¹

El cirílico habría debido uniformar a todos los pueblos eslavos, a partir de la catequización emprendida a mediados del siglo IX por la iglesia ortodoxa bizantina. Pero buena parte de estos pueblos –los de vecindad más inmediata con los imperios europeos occidentales– pronto fueron sustraídos a él y latinizados (esto es, pasaron a depender de la Iglesia romana). Es el caso de los eslavos centrales u occidentales (hoy Polonia, Chequia y Eslovaquia), adonde se había dirigido la célebre primera misión catequística bizantina, en las personas de Cirilo y Metodio, en 863, además de la mitad occidental de los eslavos del sur (como Eslovenia y Croacia). Estos hermanos, monjes griegos de Salónica y conocedores de la lengua búlgara (vecina, al fin y al cabo), habían acudido a la convocatoria de Rostislav, príncipe de la Gran Moravia. Se considera este importante imperio en la Europa central el primer estado checo, moravo y eslovaco, que en ese momento hacía esfuerzos por contener las presiones del clero germánico en la franja histórica que corre entre la separación del Imperio Carolingio y la consolidación del Sacro Imperio Romano-Germánico.

Cirilo y Metodio fueron los creadores del primer alfabeto eslavo, el glagolítico, devenido con el tiempo en cirílico, y que representa el origen de buena parte de las literaturas eslavas.² El objeto de su creación es elocuente: utilizarlo como soporte de la traducción de las Sagradas Escrituras a una lengua eslava común, digamos, el antiguo eslavo, que devendría así en eslavo eclesiástico. El hecho de que esa lengua se convirtiera en una lengua del culto cristiano también la volvía sagrada, parangonable a las lenguas griega, latina y hebrea. (Es también de este modo como la concepción de una escritura nacida como carne de la palabra divina, una escritura investida per se de sacralidad, tendría su deriva dramática en acontecimientos tremendos acaecidos en el seno de la iglesia rusa con el cisma del siglo XVII). Si bien la misión de los dos hermanos en Moravia no fue duradera, al ser permanentemente hostigados por el clero alemán (de influencia en la región, y a pesar de que hasta 1054 –año del llamado “Cisma de Oriente y

¹ A partir de aquí, la antigua colonia griega de Bizancio, devenida ahora sede de la fracción oriental del imperio, reafirmó la lengua griega también como lengua de la Iglesia (al fin y al cabo, el griego era la lengua del Nuevo Testamento) y la defendió de la progresiva adopción del latín como lengua excluyente por parte del papado romano.

² Si bien aún hoy hay controversias en torno al tema, el alfabeto “glagolítico” habría sido otro alfabeto, que en el siglo X sería reemplazado por la variante creada en Bulgaria por los continuadores de Cirilo: el “cirílico”.

Occidente”– la Iglesia de Oriente dependería también de la jerarquía vaticana), sus discípulos se refugiaron en Bulgaria y continuaron la labor catequística y de traducción.³

Es de notar también la evidente función de afirmación y cohesión estatal que la adopción del cristianismo provocó en los pueblos eslavos que no dependían del Imperio Bizantino. En tal sentido, Benedict Anderson señala la profunda ligazón que existe entre comunidad religiosa y escritura: “Las grandes culturas sagradas [...] incorporaron concepciones de comunidades inmensas. Pero el cristianismo, el Islam Umah y aun el Reino Medio [China] eran imaginables en gran medida por una lengua sagrada y una escritura” (Anderson, 1993, pp. 30-31). Así, por ejemplo, la creación del alfabeto cirílico y la difusión del cristianismo a través de él promovió sin dudas que, tras el bautismo de la nación en 865, la iglesia búlgara se declarara autocéfala –independiente de la romana– solo cinco años después (circunstancia en la que sin dudas jugó su papel el hecho de que fuera en Bulgaria donde se continuara con mayor ahínco la misión de Cirilo y Metodio, fundamentalmente a través de la escuela de traducción fundada por sus discípulos).⁴

En el caso de la primera Rusia (la Rus’ de la que posteriormente se desprenderían las naciones ucraniana, bielorrusa y rusa), su cristianización bajo el mandato del gran príncipe Vladímir –hoy San Vladímir o San Vladimiro– tendría lugar en 988, un siglo después de la misión de los monjes griegos. El primer estado ruso se conformó en torno a la ciudad de Kiev (hoy capital de Ucrania), donde se asentó la primera dinastía de grandes príncipes: los riuríkidas (descendientes de Riúrik de Nóvgorod). La pujante ciudad se encontraba en el llamado “camino de los varegos a los griegos”, pues por el río Dniepr se descolgaban los vikingos hacia las colonias griegas del Mar Negro y de Bizancio, asistidos en su tránsito por los eslavos nororientales; de hecho, los primeros grandes príncipes rusos fueron de origen vikingo (si se juzga por los nombres que tenían: Riúrik, Oleg, Ígor), y solo en la cuarta generación aparece el primer nombre eslavo: Sviatoslav (padre de San Vladimiro). La adopción del cristianismo por los príncipes riuríkidas y el inicio de una cultura escrita fortalecieron la creciente importancia de aquella ciudad como cabeza de un nuevo estado: nace la idea de la unidad de la Tierra Rusa. La escritura, entonces, está en la base misma de esa primera Rusia, germen de una cultura y una nación cristiana autónomas, y el famoso monasterio de las Grutas, en Kiev, desempeñaría un rol creciente en forjar a través de esa escritura la lengua literaria: a comienzos del siglo XII, el monje Néstor

3 A pesar de que a posteriori los checos y eslovacos adoptarían, junto con el catolicismo, el alfabeto latino, siguen celebrando hasta el día de hoy el Día de la Escritura y la Cultura Eslava junto con el Día de San Cirilo y San Metodio.

4 Esta autocefalia de la iglesia ortodoxa búlgara tendría sus idas y vueltas: teniendo desde 927 su propio patriarca –autoridad máxima de la Iglesia ortodoxa–, a comienzos del siglo XI cayó bajo el dominio del imperio bizantino; restablecido el patriarcado en 1235, menos de dos siglos después Bulgaria caería bajo el dominio turco (¡que duraría hasta la independencia definitiva del país en 1908!), con la consiguiente dependencia del Patriarcado de Constantinopla (que centralizaría todas las iglesias ortodoxas caídas bajo los turcos). El patriarcado independiente fue restablecido nuevamente en 1953.

escribió en eslavo el primer monumento de las letras rusas: la "Relación (o Crónica) de los años pasados" (Póviesti vremenyj let).⁵ No obstante, esta lengua eslavo-antiguorrusa no se constituyó en lengua nacional, en tanto seguían dominando en ella elementos eslavos comunes y era sobre todo una lengua solamente escrita y que tenía una función especial (el culto); a partir de la decadencia de la Rus' de Kiev y conforme con nuevas alianzas y organizaciones feudales surgirían de ella las lenguas nacionales bielorrusa, ucraniana y rusa propiamente dicha.

En 1240, Kiev es arrasada y destruida por los tártaro-mongoles, y la tierra rusa sometida durante casi dos siglos y medio (hasta 1480) al imperio de los janes. No obstante, la invasión de las huestes de Baty –nieto de Genguis Jan– asestó el golpe final a la vieja Rus' de Kiev pero no a la cultura religiosa ni a la identidad nacional que se había desarrollado con epicentro en esa ciudad, que sería lo bastante potente como para sostenerse bajo el yugo invasor y volvería a florecer –aunque no sin desplazamientos y fragmentaciones–. Por otra parte, los tártaros exigían el vasallaje de los príncipes rusos pero no se inmiscuían en la estructura feudal –antes bien, la utilizaron y la fortalecieron– ni en la religión ni en la lengua. Bajo el yugo de la llamada "Horda de Oro", se ocuparon los rusos de frenar otros avances, como el de los suecos por el norte o el de los llamados caballeros teutones desde occidente –en estos hechos se inscribe la gesta del príncipe Alexandr de Nóvgorod, que pasó a la historia como Alexandr Nievski y al santoral ortodoxo como San Alejandro Nevski–, o disputaron con Lituania y los polacos el dominio sobre la franja occidental. Lo que paulatinamente había de aproximar la presencia tártara fue una idea del poder central que constituiría un problema cuando consiguieran los rusos expulsar al invasor. Esto es, quién asumiría ese "vacío" de poder dejado por los janes.

El poder de Moscú se fue consolidando durante el yugo tártaro, y serían los príncipes moscovitas los que llevarían adelante desde 1380, con la famosa gesta de Dmitri Donskói, la ofensiva contra el invasor asiático que se consolidaría un siglo después. En 1480, el gran príncipe de Moscú Iván III el Grande lograría la independencia de la Horda de Oro, y esta conquista moscovita daría pie a un proceso de centralización autocrática del poder en la villa vencedora –mediante alianzas o el sometimiento militar directo–, proceso en el cual la cuestión eclesiástico-religiosa desempeñaría un rol fundamental.

La iglesia rusa se convirtió en autocéfala de hecho desde 1448, si bien sus autoridades máximas –los metropolitans– seguían en dependencia del Patriarcado de Constantinopla (y esto seguiría así hasta 1589, cuando se instituya finalmente el Patriarcado de Moscú) Pero, no obstante, en este siglo y medio exacto, la iglesia ortodoxa rusa no hizo más que fortalecerse, en la misma medida en que se fortalecían los destinos de Moscú. Desde 1328

⁵ Para el historiador de la literatura rusa antigua Riccardo Picchio, no obstante, esos monumentos literarios antiguos deberían formar parte de "una historia literaria distinta, aún no elaborada por los estudiosos modernos: la de la Eslavia ortodoxa" (Picchio, 1972, p. 36).

en Moscú residía el metropolitano; en 1445, las autoridades eclesiásticas rusas rechazaron la "Unión de Florencia"⁶ y recelaron de los griegos que la habían aceptado; caída Constantinopla en poder de los turcos en 1453, no solo se consolidó la autocefalia de la iglesia rusa, sino que, además, en 1472 Iván III se casó con Zoe Paleólogo, sobrina del último emperador bizantino, y a través de esta unión la llama sagrada del cristianismo de Oriente pasó de la vencida Constantinopla a Moscú, cabeza del estado ortodoxo más fuerte. Nace la idea mesiánica de "la Tercera Roma"

El monje Filoféi de Pskov fue el primero en desarrollar esta tesis a fines del mismo siglo XV en una serie de epístolas.⁷ Dice a propósito el filósofo religioso ruso Vasili Zenkovski que

con la caída de Bizancio se consolida la teoría del "reino errante": habían caído las dos primeras Romas (Roma, Constantinopla). Entonces, ¿dónde estaba la tercera, la nueva Roma? El pensamiento ruso tuvo la convicción de que ésta era Moscú, puesto que solo Rusia había conservado la pura fe cristiana. Según las ideas escatológicas anteriores, se decía además que "no habría una cuarta Roma", es decir, que le habría sido concedida al reino ruso su permanencia hasta el fin del mundo (Zenkovski, 1967, p. 34).

Para el monje Filoféi, el corazón de la historia no late más que en las relaciones dadas entre Dios y el "pueblo elegido". Pero no todos los pueblos cristianos son elegidos, y la idea del "rey cristiano" es decisiva para esa elección. Así es como comienza a elaborarse la idea de un rey –un zar, término con que se traduce la dignidad de los reyes bíblicos: "zar" David, "zar" Salomón–, un rey/zar ruso.⁸ Escribe Filoféi: "El zar ruso es el único zar cristiano bajo los cielos" (Бердяев, 2008, p. 37). Y en la epístola que dirige a Iván IV o a su padre Vasili Ivánovich se lee: "Observa y comprende, misericordioso Zar, cómo todos los imperios confluyen en el tuyo, cómo dos Romas han caído y solo la tercera permanece incólume" (Picchio, 1972, p. 165). De manera que la idea de "la tercera Roma" cimentó y abonó la deriva hacia un Estado centralizado y fuerte, conducido por un zar al cual la Iglesia ortodoxa tenía que proveer de fortaleza espiritual.⁹ No obstante, esta relación entre la Iglesia y el Estado estaría en adelante plagada de complejidades y malentendidos. El primer Zar de toda la Rusia, Iván Grozni (o sea, Iván IV el Terrible) –primer gran príncipe en ser investido oficialmente con el título de zar en 1547– se empeñaría en defender un

6 Unión celebrada en el llamado Concilio de Florencia, que se desarrolló entre 1431 y 1445, que pretendía liquidar el Cisma de Oriente y Occidente y que luego quedaría en la nada a la caída de Bizancio.

7 Escribe Filoféi: "El trono de la iglesia universal y apostólica tiene como representante la iglesia de la Santísima Madre de Dios en la ciudad portadora de Dios Moscú, que resplandece en lugar de la de Roma y la de Constantinopla, pues sola en todo el universo brilla más que el sol" (Бердяев, 2008, p. 37).

8 Hasta este momento, la máxima dignidad era la de "Gran Príncipe" o "Gran Duque" (*Vieliki Kñaz*).

9 Es en tal sentido elocuente que recientemente, en 2016, Vladímir Putin haya hecho colocar una gigantesca estatua de San Vladímir –el gran príncipe de Kiev que adoptó el cristianismo ortodoxo para el Estado ruso en 988– junto a los muros del Kremlin. El monumento tiene 17,5 metros de altura.

poder teocrático contaminado a la vez de cesaropapismo; en virtud de esto, sostendría tan enconadas como asimétricas disputas con los metropolitanos, para someter autoritariamente a la Iglesia al poder estatal. Afirma Berdiáiev que

El elemento mesiánico-escatológico en el monje Filoteo es debilitado por la preocupación por sustanciar el reino terrenal. El fracaso espiritual de la idea de Moscú como la Tercera Roma estuvo justamente en que la Tercera Roma se representaba como la manifestación del poderío del zar, la potencia del Estado, se figuró como el reino de Moscú, después como el imperio y, finalmente, como la Tercera Internacional (Бердяев, 2008, p. 38).

Así, las energías de la Iglesia –y del pueblo– habrían sido gastadas en exceso en la construcción del poder estatal, a la vez que, dice Berdiáiev, en la conciencia mesiánica se mete la tentación imperialista (ibídem). Esto, por supuesto, no era nuevo, sino que la propia idea autocrática contenida en las relaciones entre la Iglesia y el Estado ya estaba en Bizancio: “desde el siglo XVII, los patriarcas orientales afirmaban que los zares rusos habían retomado la herencia del poder de los emperadores bizantinos” (Zenkovski, 1967, p. 34-35). Concluye Berdiáiev,

La ideología de Moscú como la Tercera Roma contribuyó al fortalecimiento y el poderío del estado moscovita, a la autocracia zarista, y no al florecimiento de la iglesia, no a la elevación de la vida espiritual. El llamado cristiano del pueblo ruso fue deformado (Бердяев, 2008, p. 39).

La instauración del Patriarcado de Moscú, que tuvo lugar en 1589, legalizaría la autocefalia en que la iglesia rusa se encontraba de facto desde 1448.¹⁰ Precederían breves años el comienzo de la smuta (“la época de los disturbios”), los años revueltos que siguieron a la muerte del zar Fiódor, hijo de Iván el Terrible que murió sin descendencia. En estos años se produjo la invasión polaca encabezada por un impostor, que se hacía pasar por el hijo menor de Iván, muerto o asesinado a los 8 años en 1591 (según la leyenda, detrás de su muerte habría estado la mano de Borís Godunov, para allanarse el camino al trono). Muerto el zar Borís, asesinado su hijo y heredero, los polacos y las huestes del papado finalmente repelidos, el Estado ruso estaba acéfalo, quebrada la línea dinástica que lo había gobernado desde sus inicios en el siglo IX. Ante esta situación, en 1613, Filaret, patriarca de Moscú, logró sentar en el trono moscovita a su propio hijo Mijaíl (Románov), quien inicia la nueva dinastía que gobernará hasta 1917.

El único intento que hará la Iglesia ortodoxa rusa de elevarse por encima del Estado lo llevará a cabo el patriarca Níkon en 1653. Sería el comienzo del Raskol, el cisma de la iglesia, que pervive hasta hoy. Durante el reinado del zar Alexéi Mijáilovich (segundo de la dinastía Románov y padre de Pedro el Grande), comenzó a cobrar énfasis la necesidad de integrar a Rusia (aunque

¹⁰ Hoy en día, toda la comunidad ortodoxa está conformada por catorce iglesias autocéfalas, que, a pesar de su autonomía, conservan unidad doctrinal y sacramental.

el término tenga su costado irónico y eufemístico) al concierto de las naciones europeas. Soplos tardíos del humanismo occidental se infiltraron en la tierra rusa (aunque no puede pensarse de ningún modo que el Humanismo haya penetrado en ella), los cuales, consonantes con la idea reguladora de la Tercera Roma, movieron al patriarca moscovita a proponer una reforma en la Iglesia rusa que la ajustara al resto de las iglesias ortodoxas dispersas y autocéfalas: esto es, volver a la autoridad de la ortodoxia griega, corregir los “errores” de traducción e interpretación de los textos sagrados y las “desviaciones” en el ritual conforme con el modelo griego –como hacer la señal de la cruz con tres dedos (a la griega) en vez de dos (como desde antaño hacían los ortodoxos rusos)–, rasgos históricos particulares que en realidad habían sido heredados de la antigua Bizancio, pero que luego los griegos habían modificado (Níkon, según Berdiáiev, ignoraba esto).¹¹

Tales reformas eran motivadas –en buena medida– por las aspiraciones del patriarca de Moscú de ocupar un día el patriarcado de Constantinopla, y se avenían a la vez con la idea de un imperio paneslavo compartida por los zares moscovitas. De gran influencia sobre el religioso y conciliador zar Alexis (Alexéi Mijáilovich, llamado Tishaishi, “el Serenísimo”), el patriarca Níkon fue el gran promotor y movilizador de las reformas, pero estas fueron un acontecimiento que suscitó de inmediato ardorosas y extremas reacciones por parte de vastos sectores, tanto dentro de la Iglesia ortodoxa (liderados por el archimandrita Iván Nerónov y el protopope Avvákum, contracara de Níkon pero del mismo trágico destino), de la vieja nobleza boyarda y el poderoso estamento de los comerciantes, así como en el pueblo humilde en general. Así surgen los raskólniki (“cismáticos”) o starovierti (“viejos creyentes”), que hasta el día de hoy siguen defendiendo la “vieja y verdadera fe”.¹² El resultado del Raskol trazó a la vez una brecha cultural muy profunda entre el pueblo y el soberano, y a partir de allí los Románov no dejarían de ser vistos como una encarnación del Anticristo. “Los cismáticos”, dirá Berdiáiev, “sintieron la traición en el Estado y en la Iglesia, dejaron de creer en la santidad del poder jerárquico en el reino ruso. La conciencia del abandono por parte de Dios del reino fue el motivo motriz principal del cisma” (Бердяев, 2008, p. 41).¹³

El Raskol recorrió toda la tierra rusa como un profundo desgarró. Se desgarraba la condición uterina de Rusia, replegada sobre sí misma y sus viejas

¹¹ Entre las reformas fundamentales de los textos litúrgicos y el ritual se cuentan:

a) En el llamado Símvol vieri (dogmas de la fe), se cambiaron formulismos tales como quitar la partícula adversativa cuando se habla de la fe en el Hijo de Dios como “nacida, no creada” (la antigua variante decía “nacida, mas no creada”), sobre el Reino de Dios se debía hablar en futuro y decir que “no tendrá fin” (la antigua variante dice “no tiene fin”), de la definición del Espíritu Santo se quitó la palabra “verdadero”, el nombre Isús (Jesús) comenzó a escribirse con una segunda “i”: Iisús, etc.

b) La señal de la cruz debía hacerse uniendo tres dedos (pulgarc, índice y mayor) en lugar de dos (índice y mayor) y no era menester inclinarse de rodillas hasta el suelo, sino de pie y hasta la cintura.

c) A partir de Níkon, el Vía Crucis se comenzó a hacer contra la marcha del sol, en sentido inverso a lo que era regla anteriormente.

d) La voz “Aleluya” durante el oficio debía repetirse tres veces en lugar de dos.

¹² Todos ellos recibieron el anatema de la Iglesia oficial entre 1656 y 1667.

¹³ Cifra aquí también Berdiáiev el origen de la mentalidad *nihilista* de los rusos, que tendrá una emergencia tremenda en la vida social y política en la segunda mitad del siglo XIX:

tradiciones, se rompía el sacro cáliz que había conservado en pureza la verdadera esencia del cristianismo, se cuestionaba y se violaba la santidad de la lengua ortodoxa rusa, la lengua de la Verdad en la que habían sido plasmados los libros sagrados, no se detiene el flujo hacia Moscú de sabios de la Iglesia que hablan en griego y además eran doctos en la comprensión de otras lenguas como el latín y el hebreo. Dice a propósito Benedict Anderson que “Todas las grandes comunidades clásicas se concebían a sí mismas como cósmicamente centrales, por medio de una lengua sagrada ligada a un orden de poder ultraterrenal” (Anderson, 1993, p. 31). Pero es preciso comprender que la concepción de tal lengua sagrada implica una relación motivada, de necesidad, entre “las palabras y las cosas”; esto es, el signo lingüístico no tiene carácter arbitrario, por eso por los rusos era visto como herejía tocar la lengua del ritual y de los libros santos:

No hay aquí ninguna idea de un mundo tan separado de la lengua que todas las lenguas sean signos equidistantes (y por ende intercambiables) para denotarlo. En efecto, la realidad ontológica es aprehensible solo a través de un sistema singular, privilegiado, de representación (Anderson, 1993, p. 33).

Debemos al protopope Avvákum Petrov quizá el más grande monumento literario de la vieja Rusia: su Vida del protopope Avvákum por el mismo escripta, redactada en prisión, un calabozo vertical cavado en la tundra helada, en el lejano norte ruso, donde pasó los últimos catorce años de su vida y de donde sería sacado para ser quemado en la hoguera el Viernes Santo de 1682. Sus memorias repasan su origen en la región de Nižni Nóvgorod, en 1621; su ascenso en la jerarquía eclesiástica hasta llegar a convertirse en primer pope (protopope) de una de las catedrales del Kremlin y en padre espiritual o confesor (dujovnik) del zar; luego, cuando su ardiente oposición a las reformas de Níkon le valieran el destierro en Siberia, reseña las penurias, vejámenes y torturas que soportó con su familia durante los diez años que duró el destierro. Fue llamado nuevamente a Moscú, mas su empeñada resistencia a adoptar las innovaciones eclesiásticas termina de malquistarlo con el zar y es desterrado al lejano norte, a Mezeñ. Ese destierro luego se agravaría con un nuevo traslado, esta vez a su prisión definitiva, más al norte, a Pustozersk. Es elocuente cómo comienza el relato de su vida:

Por bendición del padre mío stáreç Epifañi escripta por la mi mano pecadora del protopope Avvákum, y comoquier que dicho simple, vosotros, por nuestro Señor, que leés y oís, non vos fijés en nuestra lengua simple, pues amo mi lengua rusa natural, y non hice costumbre hermostear el habla con versos filosóficos, ca non palabras hermosas Dios escucha, mas quiere nuestras obras. Y Pablo escribe: “Si yo hablare lenguas humanas y angélicas, si no tengo amor soy nada”¹⁴. Esto ay que mucho raonar: non en latín ni griego ni en hebreo y ninguna otra busca de nosotros hablas el Señor, mas quiere amor con las demás virtudes; por eso yo y non cuido la eloquencia y non rebajo la lengua mía rusa, mas perdonadme, pecador, ca a todos vos otros, esclavos del Christo, Dios vos perdonará y bendecirá. Amén (Avvákum, s/f).¹⁵

¹⁴ Corintios I, 13, 1.

¹⁵ Es de notar que un castigo frecuente a los *raskólniki* era cortarles la lengua.

La primera declaración que realiza Avvákum consiste, entonces, en sentar su posición respecto de la/s lengua/s. Si tenemos en cuenta que, hasta entonces, la lengua literaria rusa estaba uniformada por el eslavo eclesiástico (la lengua docta), Avvákum desdeña esa tradición y escribe en su “simple, amada y natural” lengua rusa. Como señala Alexéi Nikoláievich Tolstói,

Las bellas letras rusas desde el comienzo de su surgimiento (de no contarse ese asombroso monumento único que es el “Cantar de Ígor”) hasta fines del siglo XVII utilizaron las formas hacía tiempo ya muertas del eslavo eclesiástico. Este era el latín ruso. El habla popular viva se consideraba “vulgar” [...] Solo una vez en esta literatura necrosada, como una borrasca, irrumpió una voz viva, sanguínea, de muyik. Fueron las geniales ‘Vida’ y ‘Epístolas’ de un sedicioso, el frenético protopope Avvákum... (Толстой, 1949, p. 361-362).

Ahora bien, a este ruso oral “vulgar”, “de muyik”, que uniforma la relación autobiográfica, se entremezcla la lengua de la iglesia ortodoxa rusa, el eslavo eclesiástico, ya en forma pura –en las citas bíblicas a las que echa mano permanentemente Avvákum–, ya en forma mistificada, cuando el relato se construye en base a una analogía con los libros santos o se trata de sentencias, diálogos o réplicas de cuño religioso. De este modo, entonces, entre la rústica lengua natural y las formas “doctas” del eslavo eclesiástico, se desliza permanentemente la narración.¹⁶

Andréi Siniavski, en su ensayo sobre la fe popular rusa, señala que la Vida de Avvákum se construye como una minuciosa enumeración de todas las penas y tormentos soportados por la fe; Avvákum recuerda y pone en la cuenta cada golpe, cada palabra mala, cada penuria suya y de los suyos. No obstante, dice Siniavski, no se pone por encima de los demás, no se idealiza. Consigna simplemente. Ante el sufrimiento, a diferencia de la “comprensión” protestante y la “resignación” católica, la ortodoxia elige una vía activa. El de Avvákum es entonces un tránsito por los tormentos asumido como un tributo al Cristo, repetir su proeza para merecer el último día habitar junto a Él (Синявский, 2001).¹⁷

Cuando sea definitivamente recluido en Pustozersk, emergerá el Avvákum escritor. Además de su Vida, escribe durante su cautiverio el Libro de las pláticas, que incluye diez epístolas dirigidas a diferentes personas.

¹⁶ Unos cien años después de Avvákum, en su “Prefacio sobre el provecho de los libros eclesiásticos en la lengua rusa”, Mijaíl Lomonósov advertirá sobre que, a pesar de la gran extensión territorial del suelo común, el pueblo ruso hablaba en todas partes una lengua en la que se comprendían todos sus habitantes, a diferencia de otros pueblos (como el alemán) cuyas diferencias dialectales de entonces hacían dificultosa la comprensión mutua. Del mismo modo, defiende la estabilidad del ruso a través del tiempo, por cuanto desde el siglo de Vladímir (el primer príncipe ruso cristiano) habían pasado setecientos años y los cambios no habían sido tantos que no pudieran comprenderse los escritos antiguos. Para Lomonósov, esta relativa unidad lingüística tanto en sentido geográfico como diacrónico se debería al efecto regulador del eslavo eclesiástico sobre la lengua rusa (Ломоносов, 1758).

¹⁷ Este camino del sufrimiento es el que elige, por ejemplo, Dostoievski para el protagonista de *Crimen y castigo*. En uno de los borradores de su novela, anota en enero de 1866: “Cosmovisión ortodoxa, en qué consiste la ortodoxia: no hay felicidad en el confort, la felicidad se compra con el sufrimiento. Tal es la ley de nuestro planeta, pero esta conciencia inmediata, sentida como un proceso vital, es una alegría tan grande por la cual se puede pagar con años de sufrimiento. El ser humano no nace para la felicidad. El ser humano merece su felicidad, y siempre por el sufrimiento (Достоевский, 2017)

Este formato es un pretexto para la reflexión y la prédica, orientada siempre fundamentalmente contra la “herejía nikoniana”. También, entre otros, escribió allí las Epístolas a los fieles, así como numerosas cartas a personas particulares, como la boyarda Feodosia Morózova –célebre por la pintura de Vasili Súrikov–, y, entre las más destacadas, las cinco “súplicas” –en tanto género epistolar particular– al zar Alexéi Mijáilovich y la última a su sucesor Fiódor Alexéievich, que motivaría su sentencia a muerte. En la primera de ellas, escribe al zar Alexis “porque esijiese él la piedad antigua y defendiese de la herejía nuestra madre, la común santa iglesia, y nombrasse en el trono del patriarca un pastor ortodoxo en lugar del lobo y apóstata Níkon, malhechor y hereje” (Avvákum, s/f).

En el recorrido de sus memorias, Avvákum va desgranando los motivos de su enconada oposición a las reformas:

Maguer que non entiendo demasiado, persona non estruida, mas sé que todo lo legado de los santos padres en la iglesia sustancia es santa y sin mancilla. Sostendré hasta la muerte, como lo recibí; non desplaço el lindero antiguo, que los padres pusieron¹⁸: sea así por los siglos de los siglos! No blafemes, hereje, non solo sobre el sacrificio del Christo et las puntas de la cruz,¹⁹ non muevas el lienzo del altar. Mas tramaron con el diablo rempremir los libros, cambiar todo, cambiar la cruz en las iglesias y en las hostias, dentro el altar desecharon las plegarias sacerdocias, cambiaron las ektenias, n’ el bautismo a todas luces mandan se rece al espíritu malo – yo escupiría les junto con él los ojos –; y al redor de la cúpola hacen marchar con malicia contra el sol, también al bendecir la iglesia, contra el sol, y al unir en matrimonio, hacen que marchen contra el sol, a todas luces hacen al revés, y en el bautismo non niegan a Satán. Qué an de seer? Hijos dél: si quieren negar al propio padre! Mas qué hablar tanto? Oj l’alma ortodoxa! Las alturas fueron tiradas abajo. Como decía Níkon, perro del infierno, así hizo: “Imprime, Arsién, los libros de algùn modo, solo con que non sean como enantes!” y así hizo. Pero más que eso non ay como cambiar. Qualquiera sea debe morir por esto. Sean maldecidos, condenados, con todo su maligno intento, y a los que por ellos padecieron, tres veces eterna memoria! (Avvákum, s/f).

Si bien las reformas del patriarca Níkon fueron la última tentativa de la Iglesia ortodoxa rusa por subsumir en sí al Estado (esto es, ponerse por encima de él), el resultado sería inverso. Las reformas se impusieron, pero fueron derrotadas las aspiraciones del patriarca.²⁰ A partir de allí, y sobre todo desde el advenimiento de Pedro el Grande (hijo del Serenísimo), la autoridad y autonomía del clero ruso serían literalmente aplastadas por el pie de la autocracia, rebajadas al “Santísimo Sínodo de Gobierno”: “órgano estatal superior del poder eclesiástico-administrativo en el Imperio ruso, sustituto del patriarca en lo que hace a las funciones eclesiásticas generales y las relaciones

¹⁸ De Proverbios, 22, 28.

¹⁹ Referencia al reemplazo de la cruz ortodoxa de ocho puntas por la de cuatro.

²⁰ Por orden del zar Alexis, Níkon llegó incluso a gozar del título de “Gran soberano” (*Vieliki gosudar*), reservado hasta entonces solo al propio zar. Pero luego se enemistó con el zar y en protesta abandonó Moscú en 1658. A posteriori, un concilio lo privó de su condición obispal y patriarcal, degradándolo a simple monje, y fue deportado a un monasterio a 500 km de Moscú. Muerto el zar Alexis en 1676, el joven zar Fiódor Alexéievich, que quería a Níkon, autorizó su regreso en 1681, pero este, ya gravemente enfermo, murió en el viaje.

externas" (Цыпин, 1996). En un contexto de fuerte secularización de la vida social y cultural rusa, ya no hay "misión sagrada del poder del Estado", ni una Iglesia que "iba en busca del Estado para aportarle la fuerza santificante de la gracia" (Zenkovski, 1967, p. 32). Hay solo declamación, materializada como divisa en 1833, cuando Serguéi Uvárov, ministro de Instrucción Pública de Nicolás I, "chauviniza" la ideología oficial del Estado ruso acuñando la fórmula: "Ortodoxia. Autocracia. Narodnost".²¹ Lo que, en el contexto represivo posterior a la Revolución Decembrista de 1825, constituye una réplica a "Libertad. Igualdad. Fraternidad". Este rol "degradado" de la Iglesia ortodoxa tendrá su invectiva en dos documentos tonantes surgidos en tal contexto: la primera "Carta filosófica" de Piotr Chaadáiev, escrita en 1829 y publicada en 1836, y la "Carta de Bielinski a Gógol", de 1847.

Piotr Chaadáiev fue un filósofo y ensayista que perteneció a la generación de jóvenes que combatió la invasión napoleónica, palpó el sedimento que en las conciencias ilustradas rusas dejaron no obstante los ideales de la Revolución Francesa, sintió la derrota de esos ideales en la tierra rusa con el fracaso de la Revolución Decembrista. Su primera carta filosófica –única publicada de la serie de ocho que escribió– constituyó un documento inédito, que le valió a su autor ser declarado enfermo mental y sometido por ello a control estatal. El epígrafe es elocuente, una cita en latín de los evangelios: "Adveniat regnum tuum". Dirigiéndose a una amiga ficticia, el autor reflexiona amargamente sobre la desconexión de Rusia tanto de las grandes culturas del pasado como de la cultura europea occidental heredera de aquellas. En los pueblos europeos hay conservada una memoria orgánica de la humanidad –de la que Rusia no participa–, debida al rol civilizatorio cumplido por la iglesia romana: esta, según Chaadáiev, condensó toda la educación del género humano, cohesionó en una única fuerza moral a esos pueblos (el concepto de Cristiandad figuraba en el derecho público), ordenó y encauzó sus energías creadoras, fue motor del progreso. Entre tanto, los rusos, "guiados por el fatal destino, buscamos en la miserable Bizancio, objeto del profundo desprecio de los pueblos, el código moral que debería constituir nuestra educación" (Chaadáiev, 1997, p. 27).

No obstante estas expresiones, la religiosidad que impregna y guía el pensamiento de Chaadáiev es muy rusa. Por empezar, distingue para Rusia un rol particular, aunque todavía esa palabra propia aún no haya sido dicha: "Seguramente, la enseñanza que estamos destinados a impartir no pasará en vano, pero ¿quién sabe cuándo volveremos a encontrarnos unidos a la humanidad y qué desgracias tendremos que padecer hasta que se cumpla nuestro destino?" (ibídem, p. 21) (cursiva nuestra). A la vez, otro elemento que hereda de su tradición cultural es el elemento religioso como fundante y organizador de la comunidad, es decir, la clave, la fuente, es el cristianismo; a lo que se asocia otra idea cara a la tradición rusa, a su aspiración última: la construcción del reino de Dios en la tierra.

21 Narodnost: "carácter popular", "lo propio del pueblo", "elemento nacional".

...si esta esfera en la que viven los hombres de Europa y en la que la especie humana puede llegar a su destino final es resultado de la influencia que ejerce la religión, si la debilidad de nuestras creencias o la insuficiencia de nuestro dogma nos han mantenido apartados de este movimiento universal donde se formuló y se desarrolló la idea social del cristianismo, remitiéndonos a la categoría de los pueblos condenados a aprovechar los frutos del cristianismo de un modo tardío e indirecto, está claro que hemos de reanimar nuestra fe por todos los medios posibles y darnos un impulso verdaderamente cristiano, pues todo Occidente ha sido creado por el cristianismo (ibíd., pp. 30-31).

Alexandr Herzen, aun sin compartir muchos conceptos de la carta, saludará la valentía y el impulso que semejante testimonio había significado dentro de la amortecida atmósfera post-decembrista, en tanto alguien que había sido amigo y camarada de Chaadáiev en su primera juventud, Alexandr Pushkin, le manifestará su abierta disidencia: reconociendo también la justeza de muchos aspectos manifestados por Chaadáiev respecto del atraso de Rusia, no cree que eso deba traducirse en “insignificancia histórica”, en tanto, en primer lugar –defiende Pushkin–, fueron los rusos los que defendieron la civilización cristiana del avance mongol, y reseña luego todo lo que la propia Rusia tuvo que conquistar en favor de su propia unidad, del desarrollo de su poderío y de su posicionamiento respecto de la Europa: “por nada del mundo yo habría querido cambiar de patria, ni tener otra historia que la de nuestros ancestros, tal como Dios nos la ha dado” (Пушкин, 1982). Respecto de la herencia bizantina, el “ateo” Pushkin tiene una mirada respetuosa –aun con el humor del remate– y consonante con todo lo que nuestro artículo ha venido desarrollando hasta aquí:

Usted dice que la fuente de donde nosotros fuimos a abreviar el cristianismo era impura, que Bizancio era despreciable y despreciada, etc.: ¡eh, mi amigo! [...] Nosotros tomamos de los Griegos el evangelio y las tradiciones, y no el espíritu de puerilidad y de controversia. Las costumbres de Bizancio no han sido jamás las de Kiev. El clero ruso, hasta Theofan, ha sido respetable, no se ha manchado jamás con las infamias del papismo y por cierto no habría jamás provocado la reforma, en un momento en donde la humanidad tenía la mayor necesidad de unidad. Yo estoy de acuerdo con que nuestro clero actual está en atraso. ¿Y quiere usted saber la razón? Es porque es barbudo; eso es todo. Tiene cara de pocos amigos (ibíd.).

Respecto de la otra gran invectiva contra la iglesia ortodoxa en los tiempos de Nicolás I –la carta de Bielinski a Gógol–, debemos referir sucintamente el contradocumento que la motivó: el libro-testamento de Nikolái Gógol Pasajes selectos de la correspondencia con amigos. Esta obra, con la que Gógol habría tratado de refutar las interpretaciones de cuño realista-satírico que habían hecho de sus creaciones literarias, pretendía ser una exposición –de tinte confesional– de sus verdaderas ideas sobre diversos temas. La aparición del libro –que presenta como extractos de cartas lecciones morales de carácter reaccionario, alguna crítica literaria, observaciones sobre la lengua rusa, comentarios sobre sus propias obras, en especial sobre Almas muertas, entre otros– suscitó el repudio incluso del ala más conservadora de la

intelligentsia y los propios amigos del autor, espantados por los acentos oscurantistas –por momentos caricaturescos– que Gógol exhibe en él respecto de cuestiones como la servidumbre de la gleba, las relaciones amo y señor, los castigos corporales, la instrucción de los siervos, etc.

Dedica Gógol algunos de sus pasajes a la Iglesia Ortodoxa, como si fuera refutando las críticas que sobre ella dirigen desde Europa por su quietismo, por su falta de contacto con la sociedad, por la impronta severa de sus representantes (¡los popes barbudos!), y que los propios rusos no estarían, por desconocimiento, en condiciones de defender. Asimismo, previene Gógol contra la secularización de cuestiones que pertenecen al ámbito de la iglesia y que en Europa habrían sido avasalladas, así como reserva a la institución eclesiástica ser la portadora de un verdadero “Iluminismo”.²²

Esta iglesia que, como una casta doncella, sola se ha preservado desde los tiempos de los apóstoles en su inmaculada pureza primigenia, esta iglesia que toda entera con sus profundos dogmas y los más mínimos rituales externos es como si hubiera descendido directamente desde el cielo para el pueblo ruso, que es la sola en condiciones de resolver todos los nudos de perplejidad y preguntas nuestras, que puede realizar un milagro inaudito a los ojos de toda Europa, forzando a cada estamento, condición y cargo público nuestro a entrar en sus fronteras y límites legítimos y, sin cambiar nada en el Estado, dar a Rusia la fuerza de azorar al mundo entero con la gracia consonante de ese mismo organismo con el cual hasta ahora ella ha asustado, ¡y esta iglesia no es desconocida! ¡Y esta iglesia, creada para la vida, hasta ahora no la hemos introducido en nuestra vida! (Гоголь Н., 1990)

Pasajes selectos... motivó la célebre carta del crítico Bielinski a su autor, un documento tonante (cuya difusión fue prohibida en Rusia y a raíz de cuya lectura pública Dostoievski sería luego condenado a muerte). Vissarión Bielinski, personalidad de colosal influencia en su época, fue el primero en tomar en consideración las particularidades históricas de Rusia para el abordaje de la literatura, y de allí vio la necesidad de fundar una crítica que no soslayara esta cuestión. Fue un exaltado admirador de la obra de Gógol, a partir de la cual extraería las bases de un “deber ser” que debían asumir en general las letras de la patria, que fue la llamada “escuela natural” (primera denominación que tuvo en Rusia la orientación realista en el arte); en los tiempos de la publicación de *Almas muertas*, en 1842, Bielinski había escrito a Gógol: “Usted es ahora el único entre nosotros, y mi existencia moral, mi amor a la creación está estrechamente ligada a Su destino: si Usted no estuviera, adiós a mi presente y mi futuro en la vida artística de mi patria” (Гоголь Н., 1952, p. 357). Ello explicará la flamígera reacción de Bielinski ante la “idea” aberrante que guía Pasajes selectos..., y que estaría en las antípodas de la “idea” que despliegan *El inspector* y *Almas muertas*:

²² La palabra rusa Просвещение podría traducirse también –incluso con más propiedad– como “Ilustración”, pero esta forma no exhibe de modo transparente el étimo “luz” que está en su raíz (lo mismo que en la raíz rusa está presente el étimo свет), por eso dice Gógol que es una palabra que solo existe en ruso, y que fue tomada de la iglesia: “Ilustrar no significa enseñar, o aleccionar, o educar, ni siquiera alumbrar, sino iluminar de través al ser humano en todas sus energías, no solo en su mente, hacer pasar toda su naturaleza a través de un fuego purificador” (Гоголь Н., 1990).

Predicador del látigo, apóstol de la ignorancia, partidario del oscurantismo, panegirista de los modos de vida tártaros, ¿qué hace? Eche una mirada bajo Sus pies, pues Usted está sobre un abismo... Que Usted apoye semejante enseñanza en la Iglesia ortodoxa todavía lo entiendo: ella siempre fue soporte del látigo y servidora del despotismo. Pero a Cristo, ¿a Cristo para qué lo mezcla en esto? ¿Qué encuentra en común entre él y una –aun con más razón– Iglesia ortodoxa? Él fue el primero en divulgar a los hombres la enseñanza de la libertad, la igualdad y la hermandad, y con el martirio grabó y afirmó la verdad de su enseñanza. Y eso fue la salvación de los hombres en tanto no se organizaron en la Iglesia y no tomaron como base los principios de la ortodoxia. La Iglesia apareció entonces como una jerarquía, es decir, partidaria de la desigualdad, adúltera del poder, enemiga y perseguidora de la hermandad entre la gente, lo que continúa siendo hasta ahora (Bielinski, 2015, p. 338-339).

Bielinski no ahorra epítetos furiosos contra el “innoble clero ruso”, quien según él compartiría el desprecio generalizado de la sociedad y el pueblo. Respecto de este último, sostiene además que no es religioso, que lo místico no está en su naturaleza, y que si hay en él alguna religiosidad, esta se halla en las sectas cismáticas, “tan opuestas por su espíritu a la masa del pueblo y tan poca cosa numéricamente en relación con esta” (ibíd., p. 340).

A pesar de estas posiciones –y en esto coincide con Chaadáiev–, hay también en el pensamiento de Bielinski un gran orgullo nacionalista, que se inscribe en la tradición mesiánico-escatológica elaborada por la Iglesia ortodoxa, aunque en su caso sin duda influye también la concepción hegeliana de la historia, o bien lo que ambas miradas tienen de consonante. Dice:

Nosotros, los rusos, no podemos dudar de nuestro significado político y estatal: de todas las tribus eslavas solamente nosotros maduramos en un estado fuerte y poderoso, tanto antes de Pedro el Grande como después de él, hasta el minuto presente, sostuvimos con honor más de un severo examen del destino, más de una vez estuvimos al borde de la ruina y siempre alcanzamos a salvarnos de ella para aparecer después con una nueva y mayor fuerza y firmeza. En un pueblo extraño al desarrollo interior no puede haber esta firmeza, esta fuerza. Sí, en nosotros hay una vida nacional, estamos llamados a decir al mundo nuestra palabra, nuestra idea; pero para afanarnos por cuál sea esta palabra, cuál esta idea, por ahora aún es temprano (Белинский, 1948).

La misma mirada será expresada tres décadas después por un Dostoievski en la madurez de sus ideas y en la cumbre de su talento artístico. En su “Discurso a Pushkin”, escrito a mediados de 1880 para ser leído con motivo de la inauguración de un monumento al gran poeta de Rusia en Moscú, retomará esta pregunta destinal, haciendo eje en la relación de Rusia con Europa. Para Dostoievski, la emergencia de Pushkin luego de un siglo de iniciada la reforma de Pedro el Grande vino a iluminar y fortalecer la conciencia del pueblo ruso con miras a una integración en un destino común con los demás pueblos europeos. Repasa los extravíos en esta relación que el genio pushkiniano encarnó por primera vez en trágicos errabundos rusos

desprendidos de su suelo, como el Aleko del poema "Los gitanos" o el Evgueni Onieguin de la novela en verso homónima. Al mismo tiempo, ofreció la contracara de estos en personajes positivos memorables tomados del pueblo, en la etapa creativa en que el propio Pushkin había hallado sus ideales en el suelo patrio. El carácter popular sintetizado por Pushkin radica, para Dostoievski, en una aspiración del pueblo ruso a la universalidad y la humanidad, y, en virtud de ello, encarnaría la posibilidad de resolver todas las contradicciones europeas, para "¡al final, quizás, pronunciar la palabra definitiva de la gran armonía general, de la definitiva concordia fraternal de todas las razas de acuerdo con la ley evangélica de Cristo!" (Dostoievski, 2013).

Se trata del Dostoievski que está completando la publicación por entregas, en ese momento mismo, de su gran testamento literario e ideológico (¿teológico?): Los hermanos Karamázov. Toda esta novela puede leerse en clave justamente teológica: se inicia con la discusión –un tanto banalizada por la ironía– en la celda del stárets Zosima sobre las relaciones históricas entre la Iglesia y el Estado, donde se repasan las distintas miradas en torno a esto que históricamente tuvieron lugar en el seno de la iglesia rusa; tiene su carozo ideológico en el poema del Gran Inquisidor, donde alegoriza la marca y la orientación de la iglesia romana (anticrística), que habría aceptado gustosa las tres tentaciones del diablo y negado así a Cristo; y finaliza sentando las bases de una nueva iglesia en el discurso de Aliosha Karamázov junto a la piedra rodeado de ¡doce! niños.²³ De manera que Dostoievski es quizá el escritor que mejor condense y refleje –en esta obra y en otras como Crimen y castigo o El idiota– los desvelos históricos de la iglesia rusa y la destinación de la ortodoxia cristiana.

Durante el siglo XX, le esperarían a la Iglesia ortodoxa años de proscripción, persecución y martirio de sus exponentes por parte del gobierno soviético, fundamentalmente en los años del "Gran Terror". Solo en tiempos de la "perestroika" –que coincidirían con el milenio de la cristianización de la Rusia, en 988– sería restablecida la libertad de culto, se sustanciaría la devolución a la iglesia, por parte del gobierno soviético, de sus construcciones y su literatura, y se iniciaría un proceso de rehabilitación masiva de víctimas de la represión pertenecientes a la institución eclesiástica.

En este recorrido nos propusimos examinar algunos aspectos de la historia de la Iglesia ortodoxa en relación con las letras en sentido amplio, es decir, con debates que encontraron su expresión de un modo u otro en el ámbito de la literatura. El recorrido es parcial e incompleto, pero hemos tratado de relevar los hitos fundamentales que reflejan las ideas rectoras –y recurrentes– en las conformaciones culturales a las que la ortodoxia contribuyó y sin duda contribuye. En el caso ruso, resonancias más o menos sordas o ruidosas de la idea reguladora de la "Tercera Roma" pueden ser percibidas en el rol que Rusia

²³ "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Evangelio según San Mateo, 16, 14).

ocupa hoy en el concierto de las naciones; pero fundamentalmente es una idea de Comunidad la que recorre todos los debates, en qué fundarla y hacia dónde orientar sus impulsos.

No hemos tenido espacio para incluir en este abordaje lo que ha sucedido con otros estados ortodoxos como Serbia y Macedonia, cristianizados masivamente en 869 por obra de Cirilo y Metodio, pero también gracias al impulso del propio emperador bizantino de entonces, Basilio I, macedonio de origen. No obstante, la proximidad de Occidente (más precisamente, de Italia y del Papa) en los años posteriores al cisma de 1054, implicó para estas regiones tensiones de diversa índole que se resolverían –en cierto modo– con el reconocimiento simultáneo, por parte de Bizancio, de la autocefalia de la iglesia serbia (y macedonia) y del primer rey ortodoxo de los serbios Stefan Nemanjić (llamado el Primer Coronado), todo ello en 1219.²⁴ La particularidad de este doble reconocimiento es que el primer arzobispo de la flamante iglesia autocéfala –San Sava, el santo más importante de la ortodoxia serbia– y el primer rey ortodoxo eran hermanos.²⁵ A partir de allí, la llamada Casa Nemanjić gobernaría el estado un siglo y medio más, y alcanzaría su mayor esplendor con Stefan Uroš IV Dušan (tataranieto del Primer Coronado): este, a su vez, convertido en el primer Zar o Emperador de Serbia en 1346, consiguió que la iglesia ortodoxa serbia pasara del rango arzobispal al de patriarcado, reforzando el emparejamiento estatal-eclesiástico iniciado cinco generaciones atrás.

Hoy en día, la iglesia macedonia –a partir de una relación conflictiva que mantiene desde hace medio siglo con el Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa de Serbia por haberse declarado autocéfala respecto de esta– no es reconocida por el Patriarcado de Constantinopla ni por los patriarcados que apoyan la postura de la iglesia serbia. Otro aspecto interesante de indagar serían también las relaciones y tensiones entre la ortodoxa Serbia y la católica Croacia. En otro plano, también quedaría por examinar qué reflejo en las letras respectivas puedan haber tenido estas derivas históricas particulares.

²⁴ Stefan había obtenido antes –en 1217– el reconocimiento como rey del papa Honorio III.

²⁵ Esta consolidación estatal-eclesiástica aparece muy bien representada en la fantástica novela de Goran Petrović traducida como *El cerco de la iglesia de la Santa Salvación* (México, Sexto Piso, 2012).

Bibliografía

- » Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- » Avváku. (s/f). *Vida del protopope Avváku por él mismo escrita* (inédito ed.). (trad. de O. Lobos)
- » Bielinski, V. (2015). *Carta de Bielinski a Gógol*. http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/6130/uba_ffyl_t_2015_908625.pdf?sequence=1&isAllowed=y. (Acceso: 13/06/22).
- » Chaadáev, P. (1997). Cartas filosóficas dirigidas a una dama. Primera carta. En AA.VV., *Rusia y Occidente (antología de textos)*. Madrid: Tecnos.
- » Dostoievski, F. (2013). Discurso sobre Pushkin. En A. Pushkin, *Evgueni Onieguin*. Buenos Aires: Colihue.
- » Herzen, A. (1979). *El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia*. Madrid: Siglo XXI.
- » Picchio, R. (1972). *La literatura rusa antigua*. Buenos Aires: Losada.
- » Orlandis, J. (2004). Oriente y Occidente cristianos (1054-2004). Novecientos cincuenta años del Cisma. *Anuario de Historia de la Iglesia* (13), 247-256.
- » Zenkovski, B. (1967). *Historia de la filosofía rusa. Tomo I*. Buenos Aires: Eudeba.
- » Белинский, В. (1948). *Взгляд на русскую литературу 1846 года* [Bielinski, *Una mirada a la literatura rusa de 1846*]. http://az.lib.ru/b/belinskij_w_g/text_1846.shtml. (Acceso: 13/06/22).
- » Бердяев, Н. (2008). *Русская идея*. СПб.: Азбука-классика. [Berdiáiev, *La idea rusa*].
- » Гоголь, Н. (1952). *Статьи (т. 8). Полное собрание сочинений*. [Gógol, *Artículos (tomo 8). Obras completas*. Москва/Ленинград: АН СССР.
- » Гоголь, Н. (1990). *Выбранные места из переписки с друзьями*. [Gógol, *Pasajes selectos de la correspondencia con amigos*]. Москва: Советская Россия. Obtenido de [http://ru.wikisource.org/wiki/Выбранные_места_из_переписки_с_друзьями_\(Гоголь\)](http://ru.wikisource.org/wiki/Выбранные_места_из_переписки_с_друзьями_(Гоголь)). (Acceso: 13/06/22).
- » Достоевский, Ф. (2017). *Собрание сочинений в 15 тт. Т. 5* [Dostoievski, *Obras reunidas en 15 tomos. Tomo 5*]. <https://rvb.ru/dostoevski/01text/vol5/27.htm>. (Acceso: 13/06/22).
- » Ломоносов, М. (1758). *Предисловие о пользе книг церковных в российском языке*. [Lomonósov, M. V. "Prefacio sobre el provecho de los libros eclesiásticos en la lengua rusa"]. http://az.lib.ru/l/lomonosow_m_w/text_0250.shtml. (Acceso: 13/06/22).
- » Николов Тони (2013). *Болгария: Невидимая церковь. Pro et Contra* (60), [Nikolov, "Bulgaria: la Iglesia invisible"].
- » Пушкин, А. С. (1982). *Переписка*. Москва: Художественная литература. [Pushkin, *Correspondencia*].
- » Синявски, А. (2001). *Иван-дурак: очерк русской народной веры* [Siniavski, *Íván el tonto: ensayo sobre la fe popular rusa*]. Москва: Аграф.

- » Толстой, А. Н. (1949). *О драматургии. Поли. собр. соч., т. XIII, стр. 361.* [Tolstói, *La dramaturgia*].
- » Цыпин, В. А. (1996). *Церковное право.* Москва: МФТИ. [Tsyrip, *Derecho eclesiástico*].